

LA MATERIALIDAD DEL TOTALITARISMO

Los mejores libros son aquellos que cuentan lo que ya se sabe.

Orwell, 1984

En la historia de la ficción sólo muy pocas obras han podido transgredir, en la opinión de expertos y neófitos, la enorme barrera que, por una creencia profundamente arraigada, las separa, en cuanto ficción, de la realidad. La ficción es ficción, dice el sentido común, casi siempre tautológico. La ficción es mentirosa, irreal, exagerada, ficción, pues: ese es el contenido del sentido común, la tautología que condena la literatura al otro lado de la barrera. La historia de esa reclusión es larga, ella nos llevaría a los fundamentos de nuestra República platónica, racionalista, científica y occidental; ella nos alejaría demasiado de nuestro objetivo. Regresemos, entonces, a nuestra primera proposición.

1984 de Orwell pertenece a esas poquísimas obras que han logrado atravesar la barrera, imponiéndose de este lado de la realidad con una seguridad por poco asombrosa. Hace apenas un cierto número de meses, grandes medios impresos de difusión, Harper's, New Republic, Play Boy, Time, Der Spiegel, llegaban casi unánimemente a una conclusión: "nuestro 1983 es ya el 1984 de Orwell". Si Orwell estuviera en vida, comentaba una de esas revistas, no hay duda que él mismo se asustaría ante la confirmación, y extralimitación en muchos casos, de su propia visión. 1984 es la cifra, agrega otra de ellas, que en el mundo entero ha llegado a ser el símbolo y la clave de nuestro mundo, es decir, del Estado y la Técnica totalitaria. Burocracia, banco de datos, militarización,

técnica despersonalizada, sofisticación de la represión, computarización del control cotidiano y fiorituri por el estilo han adelantado la previsión orwelliana, haciendo de la ciencia ficción más ciencia que ficción y de la realidad más ficción que realidad. Extraña paradoja, podríamos agregar, para un autor que consideraba que "cada libro es un fracaso" (*Das George Orwell Lesebuch*, Diogenes, Zürich, 1981). Hoy, el sustantivo "orwelliano" podría ser el equivalente, a nivel de la manipulación totalitaria, de esos otros sustantivos modelados con nombres de escritores famosos y que fictivamente describen nuestra realidad de este lado. Sadismo, masoquismo, kafkiano, orwelliano: he ahí los tributos que la ratio protectora debe pagarle a la ficción por atravesar la barrera que, según parece, ya no nos separa de ella.

En 1984 la fecha no es importante. Ella nos sorprende y nos habla, pues es nuestra, más directamente que otra. Pero su valor no radica en la precisión temporal de la anticipación, sino en la precisión de la mirada, cualquiera que sea la marca dada al tiempo. Actualmente existe ya un 1985 escrito por un húngaro y mañana podrá escribirse quizás un 1986 o un 1987. Según una opinión extendida, venimos de escucharla, 1984 podría haberse llamado 1983. Un año más, un año menos, qué importa, cuando la anticipación hace tiempos que conforma nuestro pasado, es decir, la realidad del presente. En otras palabras, el valor de la utopía orwelliana no se encuentra tanto en el *utopos* temporal, en el mañana siempre desplazado, sino en la indicación de sus condiciones de producción, de posibilidad, en vigor desde hace mucho.

Es sabido que Orwell escribe su 1984 con la pretensión realista de una "fantasía, pero bajo forma de una novela naturalista". Esa es su propia opinión, extraída de una de sus cartas que testimonian del proceso elaborativo de la novela. Y más adelante, Orwell agrega: "eso confirma la dificultad, pues sería naturalmente más fácil escribir un libro de puras suposiciones futuristas" (op., cit., p. 15). Esa "fantasía naturalista" (bella definición anti-platónica de toda ficción), resulta ser, en Orwell, la reelaboración de la realidad aplastante de su época: el stalinismo soviético y el nazismo hitleriano. La literatura "renegada" comunista de un Arthur Koestler o de un Jewgeni Samjatin (quien en 1921 anticipa el stalinismo con su novela *Nosotros*), y sus propias experiencias en las purgas y asesinatos "izquierdistas" durante la guerra civil española, parecen ser las fuentes directas de su "fantasía"; ellas son la base naturalista de su novela. Si ponemos la suficiente atención, la relación que se establece entre esas fuentes parciales y la confirmación universalmente reconocida de su ficción, debería asustarnos más que la ficción misma. Pues lo que ella indica es la aterradora afirmación de que nuestro 1983 es la prolongación de Stalin y Hitler. He ahí la autonomía inquietante de la fantasía utópica. Orwell no se equivocó, nuestra realidad estatal y tecnológica, entre otras, proviene y se asienta en el totalitarismo stalino-hitleriano. Lo que él fabrica "fantasiosa-

mente" a partir de un corpus limitado y de una experiencia propia, ha resultado ser la constatación banal de una experiencia compartida por todos, hoy. Orwell se "equivocó", el stalinismo y el nazismo no son simples corpus, experiencias limitadas; ellas son la base de nuestra actualidad.

No estoy exagerando. Incluso si nos limitamos al Estado y la tecnología, es prácticamente *vox populi* reconocer, al menos entre economistas, sociólogos, historiadores y politólogos, que el origen del gigantismo, omnipotencia y omnipresencia del Estado y la tecnología contemporáneas, se remonta fundamentalmente al período de la postguerra. Algunos de los hitos de esa historia llevan nombres fácilmente reconocibles por cualquiera. Leamos algunos: capitalismo de Estado, Keynes, socialismo estatal, burocratización, Ricci, Burnham, Trotsky, neocolonialismo y neo-imperialismo, Lenin y Rosa Luxembourg, tecnología militar, miniaturización de la comunicación, Sony, IBM, multinacionales, sociedad unidimensional, Marcuse, cibernética, gigantismo de la investigación, MIT, la tecnología como Golem, Heidegger, manipulación, H. Arendt y cualquiera puede continuar, pues ese es un pot-pourri que no hemos terminado de hacer ni de digerir. El valor de la "fantasía" orwelliana consiste en haber llevado a su máxima expresión, o para seguir con la metáfora empleada, a su punto máximo de cocción, lo que bullía a altas temperaturas en su presente, que, como ya sabemos, es el nuestro. Dado que, en literatura, los puntos máximos de cocción se expresan escrituralmente, no debe asombrarnos que algunos de los elementos claves de ese pot-pourri sean más conocidos, después de Orwell, con el nombre popular de Big Brother y 1984, otras designaciones para nuestra impotencia ante el Estado y afines.

Los que aún persisten en creer que continúa exagerando, pues, se dirá, una cosa es la ficción y otra la realidad, y el 1984 todavía no ha llegado, los remito a la historia contemporánea de las dictaduras en Haití, Paraguay, Chile, Argentina, Uruguay, Turquía, la de la Grecia de ayer y la Irán de hoy, o para no ser tan tercermundista o exagerado, a cualquiera de los países del Este y a la persecución y exterminación sofisticada de la mal llamada "banda" de Baader-Meinhoff en Alemania occidental, a la computarización de los datos de identidad individual, a la electronización de los sistemas de vigilancia y del sistema carcelario, a la censura en *todos* los países, al mundo del espionaje y de la política en *cualquier* parte del planeta y a su lenguaje ambivalente/1/,

/1/ En 1984 ese lenguaje ambivalente se llama "doblepensamiento" y se tipifica en las consignas "la guerra es la paz", "la libertad es el esclavismo" y "la ignorancia es la fuerza". Esa misma ambivalencia constituye el lenguaje político de hoy, cuando denomina "Parque de desprovisionamiento" a un basurero atómico, "pausa salarial" a las reducciones de salario, "Peacemaker" a la técnica militar, o "Ciudad del cuerpo de Cristo" a uno de los buques atómicos norteamericanos. Cf. "Die neue Welt von 1984", en *Der Spiegel*, 3 de enero de 1983.

secretos, códigos, barreras, discriminaciones y privilegios con los cuales se regula y mantiene. Ellos nos permiten entender la afirmación anterior de que el corpus privilegiado por Orwell es hoy una constatación banal.

Seamos pues consecuentes y digamos más claramente lo ya formulado. El estado, el mundo de la política y la tecnología que de esos dominios se desprende, que ellos dirigen, subvencionan y generan, no es otra cosa que un funcionamiento totalitario, independizado ante los individuos, y eso en *todos* los rincones de la Tierra. Esos tres dominios llevan la marca de 1984 y de Big Brother, *sin excepciones*. Por ello, hoy, *ningún* ciudadano de un Estado nacional, *ningún* sujeto político, ni *ningún* usuario de tecnología, puede dejar de reconocer como suya la realidad del 1984 de Orwell. Por más fallas de argumentación, por más ceguera o comodidad y miedo que él tenga, no podrá, en ciertos momentos, dejar de reconocer que esa realidad aplastante, orwelliana, existe en alguna parte de su propia realidad, de su propia experiencia con el Estado, la política y la tecnología. Ese es el verdadero sentido espeluznante de la fantasía naturalista de Orwell. *Big Brother is watching you*, dice todo Estado. Big Brother está encima de ti, existe y actúa contra tu control, más allá de él, dice toda tecnología. Big Brother te excluye, te da órdenes, delega tus propias fuerzas, funciona con un lenguaje ambivalente, se alimenta del privilegio y la ignorancia, del secreto y las discriminaciones, dice toda política. Podrá haber grados y diferencias en los modos de poder y sumisión de esas instancias; eso hace justamente la diferencia tradicional entre totalitarismo y democracia. Pero lo que hay que reconocer, después de Orwell, es que esas diferencias son objetivamente irrisorias cuando se trata de ver las condiciones materiales de producción y reproducción del totalitarismo.

En la lectura de Orwell ha habido un criterio dominante que reduce su anticipación a la marca, aparentemente externa a nosotros, del stalinismo en los países del Este, del desarrollo de la tecnología, o de las dictaduras en general, cualquiera que sea su color político. Es una lectura posible, válida y fácilmente verificable en cualquiera de esos sectores de nuestro presente. Sobre ella se ha basado el reconocimiento universal de su anticipación. Por eso el mundo es orwelliano, y nuestro calendario se ha retrasado, pues en realidad vivimos ya en 1984. Pero esa lectura es, extraña paradoja, tranquilizante; ella limita excesivamente el radio de acción de su anticipación; ella considera orwelliano sólo sus efectos extremos, es decir, sobre todo el stalinismo y las dictaduras totalitarias, y en el peor (o ¿mejor?) de los casos, las posibles tendencias de una tecnología y una política que puede llevar al 1984, pero que aún no existe, o no existirá, pues el stalinismo y lo totalitario no está en nosotros, sino allá, lejos, en el Tercer Mundo militarista y en el stalinismo semi-asiático, o cuando atravesamos la máquina electrónica que nos da acceso monetariamente al Metro o que nos vigila cuida-

dosamente en el supermercado. Lo que se desconoce, para tranquilizarse, es lo que hace inquietante la ficción orwelliana, a saber, que el totalitarismo está inmerso en el seno mismo de la llamada democracia, y que él se sitúa fundamentalmente allí donde hay Estado, política y tecnología subvencionada por esos dominios, es decir, independizada de la voluntad y control de los individuos, como lo son y están ellos mismos en cuanto dominios fetichizados. Lo que se desconoce, es que Orwell no nos muestra los efectos del totalitarismo, sino su modo de producción y reproducción. Veamos cómo funciona esa enorme maquinaria y tomemos en serio la ficción.

En 1984, el totalitarismo es un sistema social basado sobre cuatro Ministerios: el Ministerio de la Verdad, el Ministerio de la Paz (o de la Guerra, según el lenguaje ambivalente de la política), el Ministerio de la Abundancia y el Ministerio del Amor. Ellos cohesionan el cuerpo social a través de normas establecidas centralizadamente, vigiladas en su funcionamiento por la Policía del pensamiento. Ellos producen realidad, podría decirse, en la medida en que producen individuos cohesionados socialmente a través de una lengua (la "novlengua" esquemática y contradictoria) y de la represión y canalización de las pulsiones: la sexualidad extramarital es reprimida legalmente; la castidad es un modelo y un modo de ascenso social en cuanto ella constituye la condición de acceso al poder central; el odio está canalizado hacia enemigos externos e internos, lo que permite la cohesión social por un mecanismo perfecto de chivos expiatorios. Los enemigos externos permiten el mantenimiento del aparato militar en un estado misterioso de guerras y paces sucesivas y alternativas; ellos cohesionan desde "afuera", en cuanto se dirigen contra un poder amenazador externo; los enemigos internos permiten la cohesión social desde adentro, en la medida en que por enemigo interno se entiende potencialmente cualquier individuo que infrinja las normas imperantes. El poder es patriarcal, anónimo y riega todos los estratos sociales; Big Brother, símbolo del poder, es personalizado para mejor funcionamiento de la irrigación anónima y patriarcal del poder. El alto desarrollo tecnológico también es un factor cohesionante en cuanto garantiza la Abundancia y la represión sofisticada, anónima y extendida a la vida cotidiana y privada.

He ahí el funcionamiento, la producción de totalitarismo según Orwell. Ella es, cualquiera puede reconocerlo, una prolongación de las condiciones "democráticas", occidentales, de vida. Invirtamos el esquema y extraigamos las conclusiones.

El sistema llamado "democrático" es un sistema de producción y reproducción de individuos cohesionados a partir de canales de poder conscientes e inconscientes, sociales e individuales, de sumisión y exclusión. El ha dado lugar al Estado, la política y la tecnología correlativa que garantizan la cohesión social por vías productivas, sociales,

políticas y económicas, y por vías privadas, "amorosas", familiares y cotidianas adecuadas a aquéllas. El cemento social-global funciona desde arriba, a través de la tecnología productiva y represora vigilante, y de sus canales ideológicos y políticos (el consumo por el consumo, la producción por la producción). El cemento "no-social" directo actúa desde "adentro", desde la familia y las regulaciones sexuales imperantes. El totalitarismo es un efecto extremo, presente en ciertos momentos socio-históricos, de las condiciones básicas de todo sistema democrático; en particular de su componente centralizadora represiva y de su exacerbación individual. En esos momentos, la fetichización del poder, de la sumisión y de la exclusión es casi total; ella irriga todas las instancias sociales. Ello ha sido visible, particularmente, bajo el fascismo italiano, el nazismo alemán y el stalinismo soviético, basados sobre una mayor homogenización del poder independizado, fetiche, regulador y exacerbador del elán productivo y tecnológico ciego, del elán de constitución universalizante de una Verdad excluyente, política, ideológica y tecnológicamente centralizada, y del elán conjunto de una voluntad de poder sobre un otro expiatorio, ya sea militar, estatal, individual o familiar. En esos momentos, la relación entre lo externo-social y lo interno-individual se estrecha, aceitando la maquinaria y solidificando la cohesión. La voluntad de poder, sumisión y exclusión se generaliza, se coagula y los procesos de cohesión social a través de producción de chivos expiatorios se exagera; estos son tanto individuales como supraindividuales, tanto estatales y políticos como familiares y privados.

El acento innovador de la maquinaria totalitaria orwelliana radica en la mención de dos Ministerios, el de la Verdad y el del Amor. Después de todo, en nuestro mundo militar y consumista, la alternancia de guerras con estómagos vacíos y de paz con abundancia no es un misterio para nadie. Mucho menos para los propietarios de la tecnología de avanzada que deben sus ganancias a la exportación regular de guerras y conflictos locales (una estadística reciente establece que en 1945 a 1982 hubo 148 conflictos armados). Tampoco para las masas sobreexplotadas del Tercer Mundo que conoce la abundancia por la televisión en colores y las revistas de modas de la Metrópoli. Pero los ministerios omnipotentes de la Verdad y el Amor nos abren a realidades poco reconocidas; son ellos los que apuntalan la producción y reproducción del totalitarismo y la democracia en los niveles casi ocultos de lo no-social, político y tecnológico directo. Es cierto que algunas de las tareas del Ministerio de la Verdad son harto conocidas después del stalinismo; la censura, la ambivalencia del lenguaje y la tergiversación y reelaboración amañadas de la historia, son los fundamentos efectivos de todo totalitarismo. Pero en 1984 el totalitarismo no se detiene allí; él lleva sobre una remodelación del lenguaje, modo aún más eficaz de afianzamiento de su poder. Por allí, Orwell toca las bases simbólicas del poder, mostrando que éste es verdaderamente real, cuando, a través de las palabras, se apodera del pensamiento. Por eso, en 1984, el reempla-

zo de la "ancilengua" por la "novlengua" no es una remodelación sólo lingüística, sino una transformación del mundo. La concepción orwelliana de la lengua no es una concepción objetivista, de tipo estructural, donde los sujetos son indiferentes. Ella es, más bien, un intento por mostrar, desde los sujetos, el basamento extra-económico, social y político del totalitarismo. Pues si éste está ya en la lengua, es porque él se genera en los modos de comunicación y vida entre los individuos; es porque él no es sólo un efecto socio-económico externo, proveniente desde "arriba" o fuera de uno. Lo que Orwell nos dice es que los canales de poder, sumisión y exclusión son tan imperceptibles y están tan extendidos, que ellos modelan nuestro simbolismo lingüístico. El Estado, la política y la tecnología ciega reposan en nuestros modos de comunicación y vida. El Ministerio de la Verdad es la reducción de verdades alternativas en el imperio monológico de una sola Verdad total, llámese ciencia oficial, ideología revolucionaria, único programa justo o sola religión verdadera. El monologismo epistemológico es un monoteísmo de la efectividad visible, del poder exclusivista de una racionalidad institucional dominante, llámese Estado, ciencia, partido, iglesia o tecnología hegemónicas. El poder de la Verdad monológica es un poder del sentido evidente (yo soy la que mando), un poder direccional de la mirada (yo soy la única que existo), una prepotencia institucional que condena como error lo que reposa fuera de su hegemonía evidente. Fuera de la Verdad institucional, todo es ficción, fantasía engañosa, subespecie peligrosa. La Verdad mayúscula es un modo de imposición, una sutileza de la sumisión, un ejercicio de la exclusión. Ella es, a su manera, un proceso de expiación de chivos emisarios, de inquisiciones y condenas, para mejor cohesión de la evidencia institucional.

La otra comunicación humana sobre la cual se produce el totalitarismo es el Amor. Su Ministerio, en 1984, se encarga "del respeto de la Ley y el Orden", a través de la canalización de la sexualidad dentro de los marcos permitidos; fundamentalmente la familia y la sublimación reactiva politicista. La identificación con la autoridad es la correa de transmisión entre un poder familiar basado sobre la resignación y el miedo, y el poder central personalizado en una figura "espejo", focalizadora de las emociones. En la medida en que el cemento sostenedor del edificio social es la represión de la sexualidad, el odio, la sublimación reactiva y el amor clandestino, son las únicas salidas de la libido contenida. El odio y la sublimación reactiva son canalizados por el poder central: la castidad del funcionariado político y los Dos Minutos del Odio son sus instituciones. El amor clandestino parece confluir en la heterosexualidad de la pareja (Winston/Julia) como refugio protector ante lo social y como célula posible de transgresión política (Winston y Julia como militantes de la oposición clandestina a Big Brother).

Aquí también, las similitudes con el sistema "democrático" y occidental son tan evidentes, que cabría preguntarse si la fuente directa de

la ficción orwelliana no fue más bien la sociedad liberal, patriarcal, victoriana y politicista de su país natal. Con la sola excepción del parlamentarismo, todos los ingredientes son los mismos: la fábrica familiar de individuos socializados por el miedo y la resignación; el mundo "casto" del funcionariado político (los "escándalos" por homosexualismo o heterosexualidad no permitida de la burocracia inglesa continúan llenando hoy las primeras páginas de los periódicos); la canalización de las emociones reprimidas a través de instituciones constituidas (la promoción del deporte nacional con su secuela de cohesión grupal o los conflictos armados contra enemigos externos posee la misma función que la institucionalización de los Dos Minutos del Odio en 1984); la existencia de figuras "espejos", modelos y socializadoras por identificación (la Reina y su imperio emocional sobre las amas de casa), y, naturalmente, la regulación moral sexofóbica que mantiene cohesionado todo el edificio social a partir de reglas de permisividad ("castidad" familiar y burocrática), de transgresividad semi-toleradas (la doble moral y la ideología del amor romántico) y de canalización de las emociones con sus instituciones de "escape" controlado.

Incluso el amor clandestino y la pareja como refugio protector alternativo se inserta a la perfección dentro de toda esa maquinaria; ella proporciona la ilusión *necesaria* de constituir un mundo "aparte", inocente y puro; ella es un mecanismo práctico e ideológico del mismo mundo represor, y constituye un síntoma de la miseria social del contacto sexual entre individuos. La clandestinidad del amor, ya sea sancionada como en 1984, ya sea tolerada o promovida como en cualquier sistema "democrático", y la ideología de la pareja en cuanto refugio, son productos de condiciones sofocantes, constriñentes, de lo sexo-social. Nuestras sociedades han hecho del amor entre parejas una especie de modelo a-histórico, más o menos inocente ante lo social, como si las formas de contacto interhumanas no correspondieran a formas de regulación históricas, determinadas, de la sexualidad entre individuos. De esta pretendida ahistoricidad y de su corolario de neutralidad social, se alimenta justamente la industria masiva del romanticismo kitsch y la novela rosa. Pero dicha industria no hace otra cosa que apuntalar una ideología romanticista perfectamente acorde con el mundo descarnado social; ella canaliza, en cierta forma, la protesta contra las condiciones imperantes, hacia el mundo cerrado de la pareja y prepara a los individuos a la aceptación de la familia compulsiva. No hay forma de amor que no responda, transgresoramente o no, a las formas sociales e históricas dominantes del contacto sexual entre individuos. El amor no es una nebulosa neutra e inocente ante el estado configurante de lo sexo-social humano.

Y es allí donde la fineza de la mirada orwelliana muestra sus fallas, pues él pareciera plantear como alternativa real-humana al totalitarismo, el mundo clandestino, puro, del amor entre parejas. El amor total

en la pareja pareciera ser el antídoto corrosivo del totalitarismo. Todo el libro está estructurado sobre esa base, y la marca totalizante del totalitarismo bigbrotheriano está indicada por la disolución del amor entre Winston y Julia a partir de la infidelidad espiritual del primero. La interiorización de las normas totalitarias por Winston no es posible sino en cuanto su interioridad amorosa por Julia cede el lugar al odio o la indiferencia por el otro, que fundamenta al poder central. El amor por Julia es reemplazado por la resignación ante Big Brother. El poder del totalitarismo es realmente total, cuando el amor individualizado se subordina al amor colectivo por la autoridad.

La alternativa que Orwell plantea no sale de los marcos tradicionales de la vieja alternativa entre individuo y sociedad y amor individual/amor filantrópico. El exceso de lo social sobre lo individual o la subordinación del amor individual por el amor abstracto filantrópico, serían los fundamentos últimos de todo totalitarismo. Lo que Orwell pareciera desconocer es lo que él mismo trajo a luz para el análisis de dicho fenómeno, a saber, que no hay poder social que no se base sobre formas de existencia individual. En una palabra, que no existe una entidad individual abstracta, independientemente de las formas amorosas, familiares o de pareja, que lo constituyen. El amor en pareja es una forma de constitución del individuo, y ella ha acompañado (o sostenido) hasta hoy, todas las formas de poder social, ya sean "democráticas" o "totalitarias". El no es, pues, una alternativa real al poder oprimente de lo social. La cierta ahistoricidad de la pareja remite sólo a constituyentes biológicos últimos (procreación), pero no a sus modos de regulación social. El amor romántico y su corolario "pareja encerrada", no es una constante biológica, sino una componente social tardía. La única manera de "limitar" el poder excesivo de lo social, pasa por la transformación de las formas amorosas de constitución de los individuos, incluida las formas de amor entre pareja. Sólo cuando el amor entre parejas deje de ser un refugio ante lo social y una forma de individuación a través del amor así planteado (i.e. fetiche), es que lo social dejará de ser un poder ajeno, costriñente, independizado ante los individuos y sus formas de contacto.

En 1984 existe el aparte de un capítulo que muestra netamente lo que estoy tratando de explicitar. Me refiero al diálogo entre Winston, Julia y O'Brien, miembro aparente de la oposición clandestina a Big Brother. La condición para el acceso de Winston y Julia a dicha oposición, pasa, según el diálogo, por toda una serie de condiciones que tipifican la renuncia individual total ante el poder de una ideología comunitaria, política. Winston y Julia deben estar dispuestos (y lo están) a cometer una larga serie de actos bien totalitariamente pensados (asesinar, traicionar y hasta suicidarse), en beneficio de la lucha contra Big Brother. A lo único que ellos se niegan es precisamente a renunciar a su propio amor de pareja. Así, la oposición totalitarismo/individuo y amor filán-

trópico/amor en pareja, está claramente expresada. El amor individual parece triunfar sobre el poder totalitario de lo ideológico-político. Sin embargo, lo que ese diálogo muestra es justamente que la existencia del refugio aislante del amor en pareja es la condición de existencia última del totalitarismo ideológico y político. Pues sólo la máxima indiferencia social de los individuos nucleados en pareja puede explicar el máximo encerramiento de lo social ante los individuos. A mayor independencia de lo ideológico-político, mayor encerramiento de lo individual en pareja. Por eso el totalitarismo se define como aniquilación de lo individual. Por eso, sólo ante condiciones totalitarias absolutas, es que el encerramiento individual se valoriza como tal. El refugio amoroso y la idealización del amor constituyen, bajo todo régimen social, una defensa individual ante lo social-global.

¿Eso significa que Winston y Julia deberían haber renunciado también a su propia pareja, para incorporarse eficazmente a la lucha antitotalitaria contra Big Brother? No, porque ello llevaría a lo mismo, es decir, a la renuncia del amor individual por el "amor" social y político filantrópico. No hay duda que en ese diálogo Orwell plantea la constitución misma de lo político-social, en cuanto poder autónomo ante lo privado-amoroso. La condición intrínsecamente autonomizada de lo político se muestra justamente en que independientemente de la respuesta dada por Winston y Julia, lo político autónomo continúa existiendo como poder fetiche, supraindividual. Ellos responden "no" a la ideología totalitaria (ya sea de oposición o de "izquierda") sin dejar por ello de validar lo totalitario. Pues aceptar el crimen y el suicidio como forma de lucha es una forma de totalitarismo, es decir, de renuncia ante lo individual. Ellos responden "sí" a la ideología totalitaria, aceptando el crimen y el suicidio como forma de lucha, y así continúan aceptando, sin saberlo, la misma ideología, ya sea, esta vez, de un color político distinto (anti Big Brother).

Planteada en esos términos, toda alternativa es imposible, pues ella se mueve en el terreno de la oposición aguda entre individuo y sociedad, que es precisamente lo que permite la existencia de la política. Esta no podría existir allí donde no existen formas de oposición aguda entre ambas instancias, y dicha oposición no existiría allí donde el amor no exigiera para su ejercicio las condiciones aislantes, protectoras, del amor en pareja. La base de toda política es la misma base que mantiene en vida la necesidad del amor en pareja como refugio protector.

¿Significa eso que debe desaparecer la pareja (si eso es apenas posible o imaginable) para que desaparezca la posibilidad del totalitarismo? No, lo único que debería desaparecer son las condiciones que hacen del amor en pareja, formas de individuación "asociales", es decir, formas en contradicción con el libre contacto autorregulado sexual entre individuos. La desaparición de las formas *agudas* (y sólo de éstas) de antago-

nismo entre individuo y sociedad pasa por la desaparición de la fetichización del amor como refugio y de la fetichización de lo social como filantropía ideológica, económica o política. A nivel individual, esas condiciones están constituidas por la existencia de la fidelidad moral compulsiva, de la insatisfacción sexual como forma de nucleación entre individuos (familia y pareja compulsiva), de los celos como forma de resolución psíquica de esas condiciones, del miedo al contacto tipificado ya sea como moral, ya sea como timidez caracterial y de la oposición y complementación de roles sexuales estrictamente delimitados. En una palabra, de las condiciones que hacen del amor un refugio, una compensación o un sustituto ante las otras formas de contacto entre individuos. Sólo así lo social no-amoroso directo dejará de ser resentido como una ingerencia amenazadora de lo individual, y la ausencia de necesidad individual de huir de lo amoroso-decepcionante en ideologías filantrópicas políticas, u otras, no podrá mantener lo social como un dominio indiferente, independizado o desvalorizante de lo individual. A nivel social, la desaparición de esas condiciones exige la desaparición de las formas económicas que mantienen la necesidad de la moral, la familia y la pareja compulsiva, el Estado, la política y todas las formas de separación entre lo pretendido sólo individual y lo pretendido sólo social.

El mérito mayor del análisis orwelliano respecto de la función del Amor en país totalitario, consiste en el planteo de la represión de la sexualidad. Ello hubiera podido llevarlo a profundizar fictivamente las formas en que esa represión actúan igualmente en el amor en pareja. Pues la pareja como refugio y la ideología del amor "eterno" de canción de entretenimiento es una forma específica de esa misma represión. Rebasaría los marcos de este texto analizar las causas que condujeron a Orwell a limitar la agudeza de su mirada, deteniéndose ante la pareja. Me contento con señalar que existe esa limitación, y que ella conduce, en cierta forma, a una exageración relativa de lo lingüístico en la percepción de lo totalitario. El único apéndice del libro que prolonga la reflexión sobre el totalitarismo es un apéndice sobre la lengua; no existe un apéndice sobre el amor, a pesar de su importancia en el análisis del mismo. Orwell pareciera decirnos que el totalitarismo se agota en una lengua, y que su máxima totalización no se expresa en una remodelación del amor, sino en su fracaso (separación de Winston y Julia). El actúa solo como disolvente, no como uno de sus efectos; función que sí desempeña la lengua. Todo pareciera indicar que Orwell validara la tesis de que en el mundo de la comunicación humana la lengua prima sobre el amor y las formas emotivas directas (averbales frecuentemente). También, que la voluntad de poder totalitaria, y los canales de exclusión y sumisión interhumana, no se anidaran en la pareja clandestina; que ellas no tiñen todas las relaciones amorosas, familiares o no.

No creo estar formulando una exigencia excesiva al señalar esa limitación. Sobre todo porque el libro integra a la ficción reflexiones acerca de la ideología y la moral sexual totalitaria en el seno de la familia (Winston y su ex-esposa Catalina). Así, la contraposición entre familia y pareja clandestina (Winston y Julia) conduce a proponer como alternativa real, el modelo de una pareja no legalmente sancionada y socialmente activa (militante políticamente). La contraposición es falsa, porque, tanto la familia (Winston/Catalina) como la pareja clandestina (Winston/Julia) son socialmente activos; cada uno, a su manera, hacen política en el sentido literal del término. El hecho de que Winston y Julia integren concientemente la oposición anti-Big Brother no altera en nada la existencia autonomizada, fetiche, del mundo de la política. Ambas parejas continúan presas de la separación democrática y totalitaria entre lo privado y lo socio-político. Es decir, en ambos casos el fundamento politicista del mundo de la política no ha sido cuestionado. Hasta hoy, el mundo político ha separado los procesos conscientes-sociales, de los inconscientes-privados, haciendo del primero el epicentro único de su actividad. Por ello, independientemente de su grado de conciencia, los militantes políticos pueden ocupar objetivamente posiciones contradictorias o retrógradas por relación a su nivel de actividad y conciencia política. Pues ésta se define por oposición a lo "insignificante" y privado. El modelo de una pareja "libre" políticamente activa es sólo aparentemente válido; él ha constituido durante muchos años la aspiración de millones de militantes: tener una pareja que milite activamente. Pero él es insuficiente y contradictorio, pues los canales de poder, exclusión y sumisión continúan intocados mientras se relegue lo político a lo sólo consciente y social reconocido. La historia de los movimientos políticos y sociales de los últimos 50 años muestra que la disolución de ese antagonismo exige formas amorosas y afectivas distintas a la pareja "libre" pero encerrada. Una prueba, aún inconclusa, de la insuficiencia de ese modelo, se está gestando todavía en los movimientos alternativos; fundamentalmente en las comunas ecologistas, pedagógicas y terapéuticas, y en parte del movimiento feminista. Los problemas planteados en dichos movimientos acerca del mundo de la pareja (o de la relación sexual duradera, como la llamaba Wilhelm Reich), permite afirmar únicamente que, para que ella llegue a ser una alternativa real a la familia nuclear, se precisa de toda una serie de condiciones disolutorias de la división extrema de roles entre hombre y mujer. Dichos movimientos están llevando, de manera experimental e incompleta por su situación aislada, a formas de socialización e individuación situadas más allá de los modos de asocialización individual y de sociologización de lo social, que la pareja encerrada tipifica. Ellos están llevando a formas de transparencia socio-individual suprapolíticas.

Hasta hoy, la relación totalitarismo/individuo ha llevado a considerar definitorio del primer elemento la mayor transparencia de lo individual.

Todo totalitarismo parece constituirse como una ingerencia excesiva dentro de la esfera privada. El 1984 de Orwell lo muestra mejor, quizás, que cualquier otra ficción. El problema radica en saber hasta dónde van esos límites; hasta dónde existe una esfera "propiamente" individual y otra "propiamente" social. Se tiende a pensar que todo lo sexual es sólo privado, desconociendo que su regulación pasa por canales sociales. Hasta hoy, lo pretendido "privado" desempeña la función de ocultamiento e inconsciencia ante esa regulación. Pero las fronteras son fluctuantes, pues no existe una forma social que no se adecúe a otra individual correlativa. El problema de saber si la sociedad debe o no inmiscuirse en lo privado, es falso. Pues ella lo hace siempre y en todo caso a través de sus formas de moral, de socialización familiar, amorosa, etc. Toda sociedad es, por definición, una forma de "intromisión" en lo individual. La intromisión totalitaria es una intromisión centralizada y consciente; la intromisión democrática es descentralizada y semi-inconsciente; la una actúa por politización centralizada, la otra, por despolitización descentralizada de lo privado. Pero ambas se explican por la separación entre la esfera privada y la política, es decir, en ambas, el mundo político es autónomo y fetiche. Probablemente el tipo de transparencia que se está llevando a cabo en los movimientos alternativos, gestándose dolorosa y contradictoriamente al margen de la sociedad global, llevará a formas "suaves", "dulces", menos agudas, de relación entre sociedad e individuo. Sobre todo porque ellas parecen basarse sobre formas transpolíticas y transindividuales de vida, por oposición a las formas politicistas e individualistas que caracterizan a los sistemas democráticos y totalitarios.

Tomar en serio una obra fictiva es realizar un acto de apropiación de una forma determinada de la realidad. Es subvertir una exclusión, desentrañando el poder del original sobre la copia, del naturalismo sobre la fantasía. Si 1984 se quiso "fantasía naturalista" fue quizás para mostrarnos que en esa historia de exclusiones y sumisión el poder de la una sobre la otra se anula en su interrelación. Nuestras conclusiones a partir de ella no pretenden ser más naturalistas ni menos fantasiosas. Ante todo, porque cualquier juicio sobre el movimiento de la realidad no puede ser más que una combinación probabilitoria de azar y necesidad. El discurso del tiempo nos dice "ya veremos"; también el de la ficción, pues ella es una de sus formas.

Universidad Central Caracas